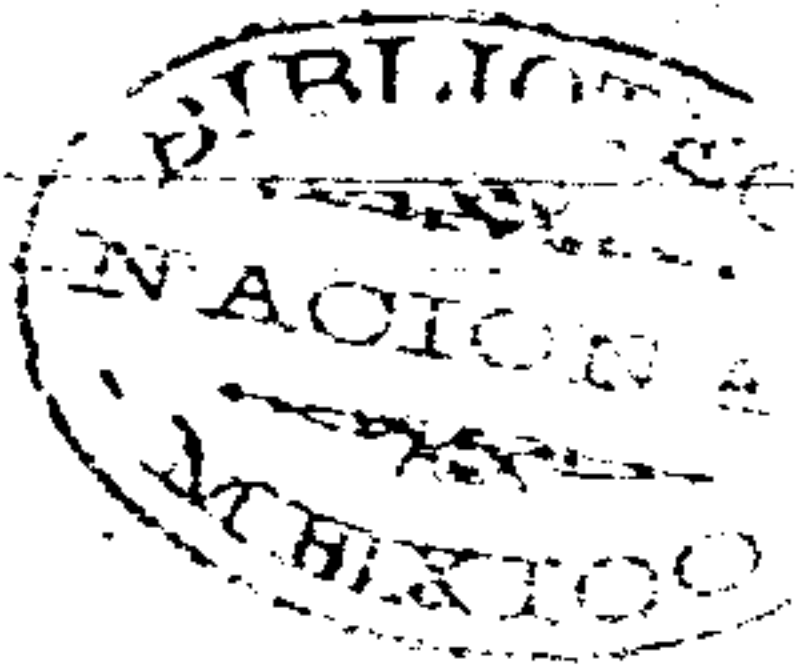


EL COLLAR



El viento de la tarde acom-
baba levemente las cortinas de
la alcoba.

Olimpia, frente al tocador, se
arreglaba con refinamiento los
bucles de oro.

A la caída del sol vendría el
viejo Ministro y le ofrecería el
collar de rubíes que vió el día an-
terior en uno de los escaparates
de la mejor joyería de la calle de
San Francisco.

¡Qué bien se iban a ver en
su cuello de nieve las ricas gotas de sangre
cujada!

¡Como resaltaría la blancura de su gar-
ganta cuando temblara sobre ella la fascinan-
te pedrería!

Escogió un traje de terciopelo rosa muer-
to, adornado de armiño, que dejaba ver el
principio seductor de sus senos de alabastro.

Satisfecha, volvió a mirarse en el espejo,
haciendo un guiño con los ojos, y una sonrisa
de orgullo aleteó en sus labios. Después, llena
de gracia, sacó ligeramente la punta rosada
de la lengua, oprimiéndola entre los dientes
con diabólico deseo.

En el armonioso desorden del tocador,
presurosa buscó el fino cepillo para quitarse
el polvo de las rizadas pestañas.

El perfumador brilló en sus manos, y la
rica estancia se pobló de aromas.

El Ministro no parecía.

Olimpia, con gesto de enfado, vió el reloj
de su pulsera, y daba vueltas al balcón, es-
trujando el pañuelito de batista.

¿Qué le habrá pasado?

¡Era tan cumplido a las citas!..

¡Tal vez estará en el Consejo!

¡Qué extraño! Por el teléfono no le había
dicho una palabra, ni tampoco le había envia-
do una tarjeta.

Se volvió a asomar al balcón, y vió que,
a lo lejos, venía el automóvil gris.

¡Por fin! ¡era él!



Se paró el automóvil junto
a la verja; Olimpia, de lo alto,
arrojó un puñado de violetas, que
bañaron el sombrero de seda del
Ministro.

Un beso desfalleciente—go-
londrina herida—se escondió en
la boca entreabierta de Olimpia.

—Te esperaba con ansiedad.
¿Por qué no venías?

Asuntos del Ministerio—con-
testó el viejo secretario—ten-
diéndole un estuche de raso.

Un grito de asombro voló de los labios de
Olimpia.

—¡A! ¡el collar!, ¡mi bien! ¡Está des-
lumbrador! Dame mil besos. Y se besaron en
los ojos, en los oídos y en la boca...

—Hoy no salgo contigo—murmuró el Mi-
nistro;—tengo urgencia... Irás a Chapulte-
pec, sola...

¿Te vas?

—Nada más vine a satisfacer tu capricho
de mujer. Me voy; te dejo el corazón mío.

—¿Volverás?

—Mañana.

La besó en la mano y se marchó.

Cuando se alejó el automóvil gris, Olin-
pia, en el balcón, agitó el pañuelo de batista.
Luego volvió a su alcoba y habló frente al es-
pejo:

—¡Por fin se fué! A las diez de la noche
vendrá el joven poeta con un ramo de rosas y
un madrigal sonoro; cantará a mi belleza y
a mi cabellera de luz; admirará la blancura
y las líneas impecables de mi cuerpo. ¿Qué
más? Cual una ninfa me verán sus ojos; en
el fondo marchito del biombo luciré mi des-
nudez espléndida, y él, cual sátiro joven, bus-
cará la miel de mi boca y me dirá al oído: ¡Oh,
mi gran amada! ¡qué fascinantes se ven en
tu cuello de nieve esas gotas de sangre cua-
jada!

Guillermo JIMENEZ.